



Peñsad con la Iglesia

SI SAN Ignacio volviese al mundo no cabe duda que daría carácter de mayor importancia a las reglas que el tituló 'Reglas para pensar con la Iglesia', las que se hallan expuestas en su libro llamado 'Ejercicios Espirituales'.

Estas reglas que escribió Ignacio, fueron por él aplicadas a las condiciones que reinaban en sus días, y particularmente en los sombríos días del siglo dieciseis, pues deseaba el Santo implantar en los corazones de los cristianos de aquella época, ideas sanas y rectas respecto de la doctrina sobre la autoridad, la Santa Misa, los Sacramentos, la vida espiritual, las indulgencias, el libre albedrío, que entonces eran los puntos más combatidos por los llamados reformistas.

Si como dijimos al principio, volviese al mundo San Ignacio no diremos que impondría de nuevo

las leyes que él formuló en sus días, ya que el tiempo ha hecho innecesarias varias de ellas, como las que se refieren a ciertas controversias que existían en aquel entonces, pero lo que cuanto antes sin duda haría sería buscar otro remedio cual antídoto contra las herejías y errores intelectuales que predominan hoy día.

TRISTE es tener que decir que frecuentemente el punto de vista de los católicos no es el punto de vista que asume la Iglesia.

Por ejemplo, citaremos la conducta adoptada por algunas señoras y señoritas, quienes a pesar de apellidarse católicas, se niegan obstinadamente a seguir las normas dadas por la suprema autoridad de la Iglesia respecto a la modestia en el vestir.

También la actitud inexplicable e imperdonable de algunos padres de familia, quienes en vez de se-

guir la doctrina de Iglesia respecto a la educación e instrucción cristiana de los hijos, los envían a las escuelas públicas, procurando defender su conducta con mil inadmisibles excusas.

Y particularmente la avidez con que muchos católicos, jóvenes y viejos, hombres y mujeres, leen cualquier libro que caiga en sus manos, sin miras de ninguna especie, ni remordimientos, ni temores, pues es tan grande su pasión por la lectura que siempre están dispuestos a leer aún el libro más sucio al que puedan echar el guante.

Igualmente mencionamos la conducta de aquéllos, que desoyendo los sabios consejos de la Iglesia, y dejando a un lado todas las exhortaciones y admoniciones del Santo Padre, se exponen a los peligros de entretenimientos malos, yendo, algunos incluso diariamente, a presenciar espectáculos en cinematógrafos o teatros que solo excitan las pasiones.

VOLVEMOS a afirmar que católicos que proceden de tal manera no piensan con la Iglesia: el que no piensa con la Iglesia está contra la Iglesia, y los miembros de la Iglesia que no piensan como Ella son traidores.

Nuestro único objeto en este artículo es hacer ver a los católicos que leen los periódicos, la necesidad de pensar con la Iglesia, pues si no pensamos con Ella corremos riesgo de ver a la fé debili-

tarse por falta de armonía entre nuestras ideas y sus máximas; e igual peligro correremos en nuestra adhesión a ella.

No es esta la ocasión de analizar y exponer el influjo de la prensa sobre la inteligencia y voluntad del hombre, pero haremos esta aserción que muy pocos se atreverán a contradecir: que actualmente son rarísimos los que tienen la capacidad de formarse una opinión exacta y personal respecto del contenido de los periódicos que pasan por sus manos. "Rari nantes in gurgite vasto". La mayoría de los hombres creen a pies juntillos todo cuanto dicen los periódicos. Pero que dicha actitud no es nada recomendable ni prudente, lo probaremos inmediatamente.

ES un hecho que la Prensa, aún en los rarísimos casos en que está en manos de católicos, recibe noticias o informes de grandes centros distributivos, u oficinas organizadas y dirigidas por enemigos de la Iglesia, o por individuos que no tienen ni el más ligero asomo de su vida interna y externa, ni de sus ideales, ni aspiraciones, ni conocen los puntos de vista que asume.

Además, dichas oficinas obran muchas veces con prejuicios, como lo prueban las publicaciones hechas durante la guerra europea: cuando las oficinas de las naciones aliadas anunciaban victoria, las alemanas declaraban que se había

mantenido la paz en la frontera.

Teniendo en cuenta lo antedicho, no debe extrañarnos el que estas oficinas informativas propalen informes falsos sobre algún hecho o acontecimiento católico o religioso, ya que ellas mismas tienen a bien el suprimir o aumentar datos, o cambiarlos hasta el punto de llegar el informe a perder su original significado.

Mas lo peor es cuando, por motivo de haber sido vilmente tergiversada una información, puede ser interpretada a nuestro desfavor.

Y QUE esto es cierto lo manifiestan las informaciones habidas sobre la persecución sufrida por la Iglesia en México, en que Calles aparecía como defensor de la Constitución contra los alegados 'usurpadores derechos' de la Iglesia.

Sin ir más lejos, examinemos la cuestión actual de desavenencias entre Inglaterra y la Iglesia Católica. Según las noticias que circulan actualmente por el mundo, la Iglesia Católica no hace mas que crear dificultades contra Lord Hickland, el gobernador inglés de la isla de Malta, y que los Obispos católicos excitan los ánimos malteses a que se rebelen contra el Gobierno inglés. Fué menester esperar a que el Vaticano emitiera sus informes oficiales para saber la realidad respecto de la cuestión maltesa. Según dichos informes, Lord Hickland fué el que comen-

zó a atacar a la Iglesia Católica, deseando privar al Clero maltés de sus ya reconocidos y legales derechos constitucionales, y como el Señor Gobernador no fué apoyado por el Papado en sus perversas maniobras, vino a aparecer él como la pobre víctima de los católicos. Esto nos trae a la memoria la chusca anécdota de aquel ladrón, que viendo que le cogían, grito a coro con los que le persiguían: "Coged al ladrón, cogedlo!"

OTRA actitud lamentable de los corresponsales de las oficinas informativas es, que dan prolijísimos informes de entrevistas que han tenido con partidos anti-religiosos, sin dar oportunidad al partido contrario a exponer sus opiniones. Y si por salvar apariencias facilitan algún informe católico titulándolo "De la Ciudad Vaticana", terminamos por descubrir que dicho informe no es mas que una creación de la fantasía del o de los informantes.

Y ¿qué decís de los rumores que estas oficinas corrian recientemente de que el Santo Padre haría un viaje a la América del Norte? y ¿de aquellos viles informes que con toda intención propalaron por el mundo de que el Soberano Pontífice iba a fundar un banco en esa nación?

Asimismo, cuando toca dar informes sobre algún acto religioso, o sobre procedimientos del Papa o Cardenales, los dan tan rasos

que parecen el primer ensayo literario de un niño de escuela; y en estos informes vemos que no distinguen entre una Misa, una Bendición solemne con el Santísimo y las bendiciones sencillas de los preladados.

SIN embargo, aunque muy deplorable nos parezca esta situación, tendría remedio, si los católicos establecieran una organización católica con el único fin de rectificar las inexactitudes contenidas en noticias católicas, pero desafortunadamente la Iglesia se ve incapacitada de poner este remedio. Y en el entretanto las falsas versiones propaladas por los no-católicos, se difunden por cable o telégrafo por todo el orbe, y solo después que ya hicieron el recorrido alrededor de globo, recibe la prensa católica sus rectificaciones venidas de fuentes fidedignas y autorizadas, que las oficinas informativas mundiales no se toman la molestia de volver a difundir, con la excusa de que no serían de interés para el público por ser ya cosa vieja.

En consecuencia, ocurre que el católico prudente mira con recelo cuantas noticias católicas de Roma o del Santo Padre traigan a luz los periódicos. Y muy bien hecho, pues ¿no nos ha mostrado acaso nuestra experiencia que prosigamos con cautela en dar pábulo a las noticias difundidas por esas oficinas informativas mundiales? Basándonos en he-

cho pasados, ¿no hemos llegado a concluir que es más seguro asumir el mismo punto de vista de la Iglesia Católica que el de esas oficinillas de informe?

CATÓLICOS, seamos consecuentes. Cuando dos partidos someten a nuestro juicio sus desaveniencias, queremos, antes de pronunciar nuestro juicio sobre ellas, oír las razones de ambas partes, pues no consideraríamos justo contentarnos nada mas que con escuchar las de un lado sin dar igual derecho al otro, ya que atendiendo al antiguo refrán: "Quien no oye mas que una campana no oye mas que un sonido."

Volviendo a la cuestión, preguntamos: ¿No sería más noble y prudente de parte nuestra el que solo nos atuvieramos a las decisiones y juicios pronunciados por la Iglesia, o persona que ella autorize para el caso, en asuntos de su sola incumbencia?

Y concluiremos con esta otra pregunta: Un hijo fiel de la Iglesia, ¿no tiene acaso el deber de pensar con Ella respecto de su existencia, su vida, sus instituciones y doctrina?

PENSAR con la Iglesia. Esta es la divisa orientadora del hijo verdadero de la Iglesia Católica. "Roma locuta, causa finita." Roma ha hablado, la cuestión está decidida.

DR. J. CALBRECHT